

Desde pequeño empecé a estudiar inglés, en la preparatoria tuve la oportunidad de comenzar a aprender francés, el cual continúe al ingresar a UPIBI; siempre me gustó la idea de poder comunicarme en un idioma diferente.

Se me presentó la convocatoria de movilidad internacional para estudiantes del IPN y al ver que contaba con todos los requisitos me animé a solicitarla, a pesar del trámite exhaustivo que eso representaría, siempre fui optimista con los resultados y la idea y emoción de estudiar nuestra carrera, Biotecnología, en un idioma extranjero, se apoderaba cada vez más de mí.

Y de repente, después de una serie de procesos y trámites, vi cumplido mi sueño: me encontraba en el centro de Europa, en Bélgica, para ser preciso en una pequeña ciudad universitaria llamada Louvain-la-neuve, la cual solo puedo describir como única y loca.

Al inicio todo era desconocido, me encontraba totalmente solo en una tierra virgen para mí, pero siempre mantuve encendido mi espíritu aventurero, el deseo de conocer y aprender todo y de todos los que se presentaran en mi camino.

En un abrir y cerrar de ojos me vi rodeado de muchas personas, que como yo, tenían voluntad y deseos de conocer y aprender de cada persona. El utilizar una mezcla rara entre español, inglés y francés para comunicarse, no importaba, lo bueno o malo que se fuera en el idioma siempre había pláticas extensas.

Recuerdo que al principio decía que era muy complicado hacer una verdadera amistad con personas que no hablaran nuestro mismo idioma. Me equivoqué.

Ahora puedo decir que lo más importante que me dejó esta experiencia fue conocer a personas que, sin esperarlo, se volvieron tan valiosas para mí, se convirtieron en mis amigos, a pesar de haber hablado

solo un poco de español en toda su vida.

Comprobé que a pesar de tantas diferencias que tenemos: culturales, lingüísticas, culinarias, etc., en el fondo, todos mantenemos una misma esencia, todos contamos con deseos, aspiraciones, metas y alegrías; pero también con miedos, frustraciones, tristezas y enojos.

Alemanes, italianos, franceses, finlandeses, belgas, españoles, checos, argentinos, chilenos, portugueses, catalanes, etc., ahora puedo decir que a través de ellos pude ver y conocer un poco más del mundo y que, con sus conversaciones y momentos que vivimos juntos, me ayudaron a ampliar mi manera de pensar y ver las cosas, me ayudaron a crecer como persona.

El hecho de tomar clases de nuestra carrera en francés y ver que podía mantenerme al mismo ritmo de trabajo y estudio que los estudiantes francófonos, me hizo darme cuenta de la gran capacidad que como estudiantes politécnicos tenemos, que a pesar de las deficiencias con las que podría contar nuestra escuela, como ausencia de materiales o reactivos en el laboratorio, o falta de mantenimiento en equipos de la planta piloto, y que al compararlo con la infraestructura en universidades europeas se convertían en más evidentes, tenemos la preparación necesaria para cumplir cualquier reto que se nos presente.

A pesar de lo que se podría decir que perdí aquí en mi ausencia, recibí a cambio un gran tesoro que no cambiaría jamás por nada, una experiencia única e incomparable, solo me queda decir para terminar: Louvain-la-neuve: jamais je ne t'oublierai !

Por: Pablo Eduardo Santiago Flores

